

La guerra de Irak y el nuevo orden internacional

Olga Pellicer

Catedrática del itam. Integrante del Colegio de Comisionados de la Comisión de la onu de Vigilancia, Verificación e Inspección.

Ha terminado la primera etapa de una guerra que según la mayoría de la opinión pública no debió haber ocurrido. La toma de Bagdad, más rápido de lo que se había previsto, ha producido dos sentimientos contradictorios. De una parte, el beneplácito de los sectores más conservadores de la administración Bush, quienes han visto que la ocupación del territorio iraquí se logró en poco más de tres semanas y sólo produjo 115 muertos en el ejército angloestadounidense; desde su punto de vista, se trata de una acción bélica exitosa que posiblemente los anime a repetir aventuras semejantes. De otra parte, se encuentra la perplejidad y el horror de quienes advierten las dimensiones de la destrucción y el caos que han dejado en Irak y las dificultades que enfrentarán los procesos de reconstrucción.

Mientras se busca la manera de establecer las condiciones en Irak que permitan el funcionamiento de los servicios más elementales para evitar una catástrofe humanitaria todavía mayor, vuelven a la memoria algunas interrogantes que quedaron abiertas cuando empezó la guerra: ¿cuáles fueron sus motivos?, ¿qué consecuencias tiene este conflicto para el orden internacional del siglo xxi?, y ¿cuáles han sido las repercusiones en México? Los verdaderos motivos de la guerra quedaron oscurecidos por las acusaciones sobre la existencia de armas de destrucción masiva y la actividad de los inspectores de la onu que las buscaron en vano, sin que se les haya concedido el tiempo de reunir todas las evidencias para llegar a conclusiones válidas.

Es difícil olvidar el espectáculo multimedia que, con la asesoría de la cnn, montó Colin Powell en el salón del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para mostrar las pruebas fehacientes, proporcionadas por sus servicios de inteligencia, de la existencia de armas de destrucción masiva en Irak y las relaciones entre el régimen de Hussein y Al Qaeda. Ni lo uno ni lo otro resultó convincente. Los jefes de inspectores, Hans Blix y Mohamed al Baredai, cuyo profesionalismo y seriedad fue notable, señalaron, entre otros, las inconsistencias y valor relativo de los datos proporcionados por los

servicios de inteligencia estadounidenses. Después de la ocupación del territorio de Irak, siguen abiertas las interrogantes sobre la veracidad de las afirmaciones pronunciadas en aquella sesión.

El discurso que acompañó el inicio de la guerra ya no se refirió a las armas de destrucción masiva sino a la obligación moral de "la coalición de voluntarios" de liberar al pueblo iraquí de una tiranía. Particularmente enfáticos al respecto fueron los discursos de Bush, para quien esa misión justificaba plenamente la acción bélica. Pocos pueden oponerse al rechazo del gobierno de Hussein. Pero pocos pueden mantener que ese rechazo constituya una base sólida para hacer legal el uso de la fuerza cuya autorización, de acuerdo con la carta de la onu, sólo puede provenir del Consejo de Seguridad cuando se determine que hay una situación que pone en peligro la paz y la seguridad internacionales. Por condenable que fuese el régimen de Hussein, no era una justificación para emprender una acción militar de tal envergadura. Los motivos para ello fueron otros, se encuentran en el proyecto estadounidense para moldear el mapa político del Medio Oriente y, en general, el orden internacional del siglo xxi.

El tema del cambio de régimen en Irak quedó pendiente desde la guerra del Pérsico en 1991. En aquel entonces, un grupo encabezado por Paul Wolfowitz, supervisó la elaboración de un documento sobre política de defensa de Estados Unidos. Wolfowitz había objetado la terminación prematura de la guerra en 1991. En su documento, delineaba planes para la intervención militar en Irak, una acción considerada necesaria para asegurar acceso a materias primas vitales, en particular el petróleo del Golfo Pérsico y prevenir la proliferación de armas de destrucción masiva así como las amenazas terroristas. El documento se pronunciaba por un ataque preventivo encabezado por una coalición ad-hoc, pero advertía que Estados Unidos debería estar listo para actuar solo, si la acción colectiva no se podía concretizar.

Cuando ese documento se filtró al periódico The New York Times, pareció demasiado radical y se tuvo que volver a escribir. Durante los años de Clinton en la presidencia, el tema fue archivado. Al volver los republicanos al poder y con los acontecimientos del 11 de septiembre las ideas iniciales de Wolfowitz resucitaron y ahora son conceptos centrales de la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos. La aplicación de tales conceptos afectan la perspectiva del orden internacional en el siglo xxi.

II

A partir de la caída del régimen de Irak por la acción militar de Estados

Unidos y Gran Bretaña cabe preguntarse, ¿cuáles son los parámetros que han cambiado respecto al orden internacional surgido desde el fin de la guerra fría? Sin duda, el aspecto más sobresaliente se refiere al comportamiento de la superpotencia. La superioridad militar de Estados Unidos fue un hecho indiscutible desde la desaparición de la URSS. Quizá no puede decirse otro tanto del aspecto económico, y menos de algo que cuenta tanto para la seguridad humana, como es el compromiso social. Pero, militarmente la influencia estadounidense era contundente.

Sin embargo, en los primeros momentos de la posguerra fría, tomó fuerza la idea de que había surgido un concepto nuevo de seguridad internacional, el cual ya no descansaba en el poderío militar, aunque este tuviese su parte, sino en la capacidad de cooperar para hacer frente a los problemas globales, como el deterioro del medio ambiente o el narcotráfico. Estos problemas, cuyo manejo dio lugar al desarrollo del concepto de gobernabilidad global, aunados a la incapacidad de ciertos Estados para responder a la violencia producida por diferencias étnicas, entre otras, eran según los principales analistas de cuestiones internacionales los motivos principales de preocupación para la seguridad internacional de finales del siglo xx.

En esas circunstancias, el desarrollo de una industria militar de alta sofisticación y poder destructivo parecía perder sentido. Por ello, los países europeos, a través de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (osce), se orientaron hacia las acciones para prevención de conflictos, los buenos oficios, la protección de derechos humanos y la capacidad de contribuir a la reconstrucción después de un conflicto. Los estudios especializados en cuestiones militares anotaron entonces una disminución sistemática del gasto militar, que incluyó a Estados Unidos.

La situación comenzó a modificarse desde la guerra de Kosovo. Poco a poco volvió a incrementarse el gasto en defensa estadounidense y volvieron a aparecer posiciones y argumentos propios de la guerra fría, como el de la necesidad de mantener modernizadas y actualizadas las armas nucleares. Tales fueron los argumentos, utilizados principalmente por los miembros del partido republicano, que impidieron, en 1999, la ratificación por el Congreso de Estados Unidos del Tratado de Prohibición Completa de Ensayos Nucleares.

Cuando ocurrieron los atentados del 11 de septiembre, la industria militar en EU ya había tomado vuelo nuevamente, así como las visiones militaristas y de tendencia intervencionista en la administración Bush. Los ataques terroristas

proporcionaron la justificación ideal para actuar en Afganistán y para dejar a un lado el concepto de seguridad internacional que pretendía colocar en segundo término el tema del poder militar.

Visto así, lo novedoso del orden internacional postIrak no es la superioridad estadounidense, ésta ya se conocía, sino la forma de ejercerla.

El presidente Bush ha hecho suyas las ideas de los asesores que se pronuncian por un liderazgo mundial activo, que cumpla una "misión civilizadora" donde ésta sea conveniente para el interés nacional de Estados Unidos, que mantenga y no permita que se iguale la superioridad militar de esta gran potencia y que esté decidido a actuar solo, cuando sea necesario. Dentro de ese proyecto, es poca la importancia atribuida a los aliados tradicionales, de allí la cierta indiferencia con que se han visto en Estados Unidos las fisuras en la alianza trasatlántica producidas por el conflicto de Irak; de allí también que, a pesar de las preferencias de la opinión pública, se conceda tan poca relevancia a las Naciones Unidas.

Es muy pronto para llegar a conclusiones sobre la duración y el alcance del nuevo proyecto estadounidense. Está por verse el costo político de su aislamiento en el caso de Irak, el tiempo que dure su presencia en ese país y el destino del Partido Republicano en las próximas elecciones. Sea como fuere, al igual que para el resto del mundo, pero quizá con mayor intensidad por tratarse de un país limítrofe fuertemente unido a la economía estadounidense, las nuevas perspectivas del orden internacional despiertan inquietudes en México y le presentan numerosos retos.

III

Desde el punto de vista político, el conflicto de Irak tuvo el efecto de producir en México un debate sobre el lugar que puede ocupar el país en la política internacional y, por consiguiente, el papel que le corresponde desempeñar en ella.

Algunos intelectuales y los dirigentes de los principales grupos empresariales se manifestaron a favor de acompañar la posición estadounidense. Sus argumentos giraron principalmente en torno a que un necesario realismo político obliga a colocar en primer plano el análisis del costo o beneficio que una decisión de política exterior puede tener en la relación con Estados Unidos. Desde esa perspectiva, se hicieron propuestas concretas, por ejemplo, para intercambiar el voto en el Consejo de Seguridad por la obtención de

beneficios como el acuerdo migratorio, tantas veces esperado. Asimismo, se llamo la atención sobre los efectos negativos que podría tener el distanciamiento de la posición estadounidense sobre el comercio bilateral, hoy por hoy el principal motivo de crecimiento de la economía mexicana. El temor a represalias en el campo comercial, migratorio o financiero, así como las dificultades para proseguir con el proceso de integración económica con el país del norte, visto con entusiasmo por las principales cúpulas empresariales, fue reiterado en entrevistas con representantes del Ejecutivo y en los medios de comunicación. No es extraño que quienes expresaron esas opiniones hayan sido también críticos de la pertenencia de México al Consejo de Seguridad. En efecto, para quienes así piensan, lo que ocurre en el mundo no nos concierne tanto, en la medida que la relación con Estados Unidos sea buena. No se puede perder de vista que la profundización de la integración económica entre los dos países, que ha tenido lugar a partir de la firma del tlc, no puede ser ajena al lugar que México tenga o desee obtener en la política internacional.

No obstante el peso de las fuerzas económicas, la opinión pública, medida a través de las encuestas, así como la mayoría de intelectuales, se manifestaron en forma abrumadora en contra de la guerra. Este hecho influyó en la posición asumida por el Ejecutivo que se fue expresando en la reserva frente a las propuestas angloamericanas en el Consejo de Seguridad y de manera explícita en el discurso del presidente Fox cuando se iniciaron las hostilidades. Esta posición mereció el apoyo de todas las fuerzas políticas que en un acto de unidad, raro durante este régimen caracterizado por la constante pugna entre el Ejecutivo y los principales partidos representados en el Congreso, han demostrado que es en el campo de la política exterior donde se puede dar un encuentro entre los liderazgos políticos del país.

Existe, pues, una opinión dividida en México sobre cómo reaccionar ante lo que ocurre en el orden internacional, que coloca en campos opuestos a liderazgos políticos, opinión pública y sector empresarial. No es la primera vez en México que hay una divergencia entre grupos políticos y económicos con motivo de la política exterior. Cabe recordar los debates que se dieron con motivo de la posición en contra de las sanciones a Cuba, a comienzos de los años sesenta, o la poca comprensión hacia la política en Centroamérica, durante la época del presidente De la Madrid.

Sin embargo, hoy las circunstancias son muy distintas, porque los amarres con la economía estadounidense son mayores. Por ello, será necesario para los dirigentes políticos encontrar un punto de equilibrio entre el sentir de la

opinión pública, las realidades de la economía mexicana y el peligro de dejar avanzar un orden internacional de alto riesgo, que tarde o temprano nos afectará negativamente, aun si nos empeñamos en mantener la buena vecindad.